

céfiro

ZÉPHYROS

**REVISTA DE
ECONOMÍA Y GESTIÓN**

**AÑO 2 NUMERO 1
OTOÑO 2015**

Heterodoxias y controversias

**Conferencia Magistral
del Dr. Aldo Ferrer en la UNM¹**



¹ Conferencia de cierre del Congreso de Economía Política Internacional: "Los cambios en la economía mundial. Consecuencias para las estrategias de desarrollo autónomo en la periferia" realizado en la UNM, del 6 de noviembre de 2014.

Aldo Ferrer: El tema de esta sección del congreso es *“La inserción internacional de la Argentina en la nueva división internacional del trabajo”* y yo quisiera aclarar un poco este concepto para fundamentar después lo que voy a decir.

¿Cuán nueva es esta división internacional del trabajo, en los últimos lustros, en las últimas décadas?

En realidad creo que sigue articulada en dos ejes principales: uno es el intercambio de productos primarios por manufacturas, en el viejo modelo centro-periferia. Y, después, en el comercio intra-industrial, entre economías industriales. Siendo este segundo segmento, el más importante del comercio mundial.

Lo que sí ha cambiado son los actores en esas dos grandes matrices del comercio internacional. Porque han aparecido en los últimos lustros estos protagonistas asiáticos, en primer lugar China, que se sale de la posición periférica de la condición subdesarrollada para convertirse en un país industrial y participar en la corriente de comercio intra-industrial. Lo mismo pasa con los llamados tigres asiáticos, de los cuáles el mayor protagonista es Corea, que hace apenas cincuenta o sesenta años era una economía extremadamente subdesarrollada, (mucho más subdesarrollada que los países de América Latina) y se ha convertido en una generación en una potencia industrial.

Entonces yo creo que lo que sí ha cambiado, no es tanto la división internacional del trabajo, que sigue operando en estas dos grandes matrices, sino cuáles son los actores.

Estos nuevos actores, China en primer lugar, salen de la condición periférica para pasarse a la posición central con un modelo de intercambio con África y América Latina de la primera matriz: producto primario por manufacturas y capitales.

Esto, desde luego, configura un escenario multipolar, mucho más complejo. Pero, vuelvo a insistir, el concepto de nueva división internacional del trabajo probablemente no es la más adecuada, sino más bien lo que sucede es que hay nuevos actores en esas dos grandes matrices.

Entonces, la segunda pregunta que conviene aclarar es: ¿Qué significan todos estos cambios para el desarrollo? ¿Cuánto ha cambiado el desarrollo con estas nuevas tendencias?

Al decir esto, quiero hacer referencia principalmente a lo que es la dimensión nacional y la dimensión global, cómo se articula lo interno con lo externo. Y, la verdad, es que creo que en esto tampoco ha habido demasiados cambios.

El desarrollo sigue siendo mayormente un proceso de construcción en un espacio nacional. Incluso cuando se habla de la globalización, que es tan importante, inclusiva, que es insoslayable, conviene recordar algunos datos que están en los informes de las Naciones Unidas. Por ejemplo, en el último informe de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) se dice que el valor agregado de las filiales de corporaciones internacionales al producto mundial es del 10%.

Si uno considera que, en promedio, aproximadamente las grandes corporaciones transnacionales producen la mitad de su producto en sus mercados nacionales y la otra mitad a través de sus filiales, podemos llegar a la conclusión de que en las grandes cadenas de valor representan el 20% del PBI mundial. Es realmente una cifra extraordinaria, sobre todo si se tiene en cuenta que abarca los sectores de mayor tecnología, de mayor valor industrial.

Pero, sin embargo, el 80% de la actividad económica, del empleo, de la actividad empresarial y de los mercados da en los espacios nacionales. Es ahí, en ese espacio nacional, donde cada sociedad construye su proceso de desarrollo y construye también su estilo de inserción en la globalización. Y allí viene el gran contrapunto entre el planteo neoliberal y el planteo estructuralista.

El neoliberalismo supone que el desarrollo se construye en la esfera global, adhiriéndose a los mercados globales, integrándose a la cadena de valor y dejándose llevar por las corrientes de los mercados mundiales. Y el planteo estructuralista dice: “no, el desarrollo es una construcción en un espacio nacional, a partir de la densidad nacional, de la cohesión social, de la sinergia pública y privada, de la capacitación de la gente, de la ocupación del territorio, del fomento de la ciencia y la tecnología, de la sinergia -vuelvo a insistir- público y privado”. Todas estas acciones no se construyen en la esfera global, se construyen esencialmente en la esfera nacional, desde luego abierto al mundo.

Yo creo que lo que sí cambia respecto de experiencias remotas es que el peso de lo transnacional es muy importante. No se puede construir lo nacional sin una estrategia de inserción en la globalización, pero sigue siendo en el espacio nacional donde los países deciden su futuro y su inserción internacional.

Entonces, a partir de estos dos supuestos acerca de la relación entre lo interno y lo externo, la globalización y lo nacional y la división del trabajo o los nuevos actores, podemos repasar la experiencia argentina.

Nosotros salimos de la matriz -en alguna medida- centro-periferia tradicional, hasta la crisis del treinta, donde éramos, digamos, un ejemplo notable. Era un país que se inserta en la Revolución Industrial y en todo el crecimiento hasta 1930, esencialmente como un exportador de productos primarios. Y fue, por cierto, probablemente el país de la periferia que tuvo con ese modelo niveles de modernización mayor en comparación internacional.

De ahí salimos, después de la crisis, en la búsqueda de una nueva matriz productiva porque claramente el país ya era demasiado grande y, por otra parte, había colapsado el mercado mundial de productos primarios. Por lo tanto, era indispensable buscar nuevas fuentes de desarrollo, nuevas fuentes de crecimiento y generación de empleo.

Ahí iniciamos el proceso de la llamada industrialización sustitutiva de importaciones, un proceso complejo que nunca llegamos realmente a consumir. Hemos desarrollado una economía sub-industrial, no hemos incorporado en el período productivo a los sectores de mayor valor agregado, de mayor nivel tecnológico. Hemos tenido un extremo grado de extranjerización y la verdad que no se construye un proyecto nacional sobre la base de filiales.

Y hemos construido un modelo, que lo describió muy bien Marcelo Diamand sobre la idea de la estructura productiva desequilibrada, de un sistema sub-industrial que cuando ocupa posiciones de pleno empleo de su capacidad productiva genera un fenomenal déficit para el abastecimiento de insumos, de equipos y demás; y, en el caso de las filiales, las transferencias de utilidades al exterior. Y este déficit lo financia el superávit de la producción primaria. Ésta es la esencia del modelo sub-industrial, de la estructura desequilibrada. Y ya sabemos que esa es una estructura vulnerable, inestable, que nos confronta periódicamente con este fenómeno de la restricción externa.

Cuando el déficit industrial alcanza niveles exagerados y, para colmo, en los últimos años agravado por el déficit energético, volvemos a encontrarnos otra vez con la restricción externa.

Y esto ha sido resultado, este subdesarrollo industrial, de las características institucionales, políticas, de la forma en que se comportó nuestra densidad nacional en todo el proceso de transformación.

Cuando nosotros entramos a la transformación inevitable de la industrialización, lo hicimos en la peor de las condiciones posibles desde el punto de vista institucional y fuimos de los golpes de Estado a los gobiernos civiles, en las políticas pendulares, de vuelta al país agrario o de la tentativa industrial, creando el falso dilema campo-industria; construimos el modelo de stop-go, la economía que despega por aumento de la demanda interna y de pronto se encuentra con la insuficiencia de divisas y tiene que frenar.

En definitiva, lo que nos pasó es que tuvimos un proyecto hegemónico con el cual el país se modernizó y de alguna manera creció. Sin desarrollo, pero creció, que fue el proyecto oligárquico, el proyecto del modelo hacia afuera, del crecimiento hacia afuera, donde la totalidad del sistema en el poder económico e incluso en el sistema político era funcional a la habilidad de ese modelo.

Y cuando se vino abajo el modelo hegemónico de la economía primaria exportadora, no fuimos capaces de crear el otro modelo hegemónico de base industrial integrada, apoyada en el campo y la industria. Esto nos ha llevado a esta inestabilidad que caracteriza a la economía argentina, la recurrencia de proceso inflacionario, la pérdida de la moneda nacional.

Tuvimos el siglo pasado record mundial de inflación, destruimos una de las funciones esenciales de la moneda nacional, que es la función de ahorro. De allí, entonces, cada vez que los precios suben la gente compra dólares para proteger el poder adquisitivo de ese ahorro. Si a eso le sumamos las maniobras especulativas, tenemos la fuga de capitales que agrava la restricción externa.

Para colmo, en la política pendular, que se dio en el largo período del '30 -digamos- al '76, tuvimos varios golpes de Estado y varios cambios de política, pero dentro de ciertos límites, incluso cuando la política económica se orientaba a la salida liberal, se vio claramente, por ejemplo, en el gobierno de Onganía y en el ministerio de Krieger, donde aparece la dimensión financiera ganando posición hegemónica y, sin embargo, no agrede a la estructura que se había construido en el período anterior, coexiste con ese modelo.

Lo que cambia radicalmente el comportamiento de la política económica y da pie a dos períodos de genocidio industrial es el golpe de Estado del '76.

En un escenario mundial donde se afianzaba la hegemonía financiera y poco tiempo después quedaba consagrada con la reforma del presidente Reagan en los Estados Unidos, la señora Thatcher en Gran Bretaña, se instala la hegemonía financiera como núcleo dominante del capitalismo contemporáneo que subsiste hasta ahora y que ha podido sobrevivir incluso a esta fenomenal crisis de fines de la década pasada.

Es en el '76 donde se incorpora la hegemonía financiera en esta trayectoria argentina, se liberan las corrientes financieras y se empieza a utilizar el instrumento más letal del neoliberalismo, que es el dólar barato. Es lo que pasó en tiempos de la dictadura con la «tablita» y es lo que pasó en la década del '90, de la convertibilidad, con el «uno a uno».

En estas condiciones, subsiste apenas la rentabilidad de los sectores que gozan de las ventajas de los productos primarios, pero se le excluye toda posibilidad de competencia y desarrollo. Agregado a esto la apertura del mercado interno, se produjo literalmente un genocidio industrial. Porque el peor período de la historia económica argentina es el que está abarcado por el golpe del '76 y la crisis del 2001. Todos los indicadores son un espanto y terminamos en un desorden fenomenal, con un deterioro del tejido productivo, con la fractura del mercado de trabajo, con el aumento de la informalidad en las fuerzas de trabajo, el deterioro de los salarios reales, el deterioro social.



Es decir, fue un período realmente espantoso el que vivimos bajo ese período de la hegemonía financiera, del dólar barato y de la apertura incondicional, para no mencionar las otras atrocidades que nos tocó vivir también en tiempos de la dictadura.

Entonces, tenemos una trayectoria compleja de una industria que no ha llegado a madurar, que genera estas características que no termina de resolver el problema de la

estructura desequilibrada y que replantea periódicamente, como está pasando ahora, este esquema de la escasez de divisas, dentro del cual el factor fundamental este fenomenal déficit en autopartes, en electrónicos, en bienes de capital, en productos químicos.

Ahí estamos entonces otra vez en la cuestión pendular, que ahora se refleja en esta nueva expresión de la adquisición externa con todos los problemas del mercado cambiario, la administración a corto plazo y los problemas a largo plazo.

Qué es lo que ha cambiado en la experiencia reciente respecto y sobre todo de la experiencia neoliberal; donde directamente no tuvimos Estado nacional, porque ustedes recuerdan que durante todo ese período la política económica consistía en transmitir señales amistosas a los mercados para seguir refinanciando deudas.

Lo que ha cambiado es un nuevo rumbo que toma la política económica a partir del 2002 y sobre todo con el inicio de la presidencia del Dr. Kirchner, que es la recuperación del Estado Nacional. La búsqueda de recuperación de la solvencia fiscal, la posibilidad de aprovechar las buenas condiciones de los precios internacionales y las buenas cosechas para aumentar las reservas, el ajuste cambiario que sale de la lógica del dólar barato. Y a partir de allí, se recupera un nivel de soberanía y de capacidad de autonomía del Estado nacional, que es lo que permite tomar una serie de decisiones profundamente confrontativas de los poderes fácticos.

En primer lugar, la reestructuración de la deuda sin el apoyo del Fondo, sin atender los criterios de los mercados, por las nuestras, con una oferta argentina que en definitiva era aceptada por el 92% de los tenedores de deudas.

Después se nacionaliza el sistema jubilatorio, pasando esa inmensa masa de ahorro interno de estar al servicio de la especulación financiera a estar al servicio -hay que usarlo bien-, de los fines de las políticas públicas.

La recuperación de YPF, que se puede decir que fue tardía, que tuvo que hacerse antes, pero la verdad es que Argentina fue en tiempo de neoliberalismo el único país que extranjerizó su empresa petrolera. Haberla recuperado y, sobre todo, haber podido recuperar la gestión de estos yacimientos que parecen extraordinarios en Vaca Muerta, es un paso fundamental.

Es decir, ha habido una serie de decisiones afirmativas del Estado nacional y de la soberanía que nos ha permitido incluso enfrentar, sin que se viniera el mundo abajo como nos habían dicho, este desafío de los Buitres y de este juez norteamericano, que pretende algo que es inaceptable y frente a lo cual, contrariamente a lo que dijeron algunos observadores, que si no hacíamos lo que decían se venía el mundo abajo, no se vino el mundo abajo.

Los problemas argentinos siguen siendo exactamente los mismos con Griesa o sin Griesa; es la inflación, es la restricción externa, son los problemas de la debilidad fiscal. Es decir, esos son nuestros problemas.

Pero, a pesar de que tenemos esos problemas, de la transformación que se ha producido surgió de una capacidad de resistencia y todavía de gestión de la macroeconomía que, por un lado permite plantarse frente a esta demanda de los fondos buitres y permite gestionar la coyuntura sin que se cumpla este pronóstico que algunos vienen diciendo desde hace tiempo, de que acá vamos a repetir la experiencia del 2001 o de 1983.

Claramente la macroeconomía no tiene la solidez que tuvo hace cinco o seis años, pero tampoco está la economía a la deriva y hay una capacidad de gestión que permite evitar, digamos, que volvamos a reproducir aquellos desequilibrios fenomenales.

Pero claro, no alcanza con la capacidad de resistencia. Es necesario fortalecer estas plataformas de la macro para enfrentar los problemas que tenemos por delante. Entonces aquí aparecen los problemas de nuestra inserción en la división del trabajo.

Yo creo que va a ser muy difícil que podamos superar la estructura desequilibrada si no nos pasamos de la posición periférica a la división de trabajo intra-industrial, si no integramos las cadenas de valor internas.

Por ejemplo, en el sector automotriz. Todas las terminales son filiales y las filiales integran la cadena de valor donde más les conviene. Si nosotros no tenemos una gran empresa terminal argentina que capaz de producir motores e integrar la cadena de valor, ese déficit de autopartes va a seguir creciendo.

Y si miramos nuestra experiencia con la experiencia asiática, la de China, la de los coreanos: ellos empezaron la industria motriz seguramente después que nosotros, pero lo hicieron a partir de empresas nacionales y hoy las firmas asiáticas compiten con las grandes firmas europeas y norteamericanas.

En el sector automotriz, creo que está muy claro que el viejo concepto de la sustitución de importaciones no sirve. No sirve porque no alcanza con sustituir un producto tal, que hoy lo importamos, porque el día de mañana va a haber otros productos. No alcanza con sustituir el pasado, hay que sustituir el futuro, porque la oferta, la composición de la demanda cambia continuamente, y si no nos anticipamos a los hechos, vamos siempre a la zaga.

Es irreparable la restricción externa en una estructura desequilibrada. En el sector automotriz -vuelvo a insistir- creo que va a ser muy difícil, si no tenemos una terminal propia, integrar la cadena de valor. Si la pudiéramos hacer con los brasileños sería fantástico, los dos mercados juntos son un mercado respetable en el orden internacional. Pero si no fuera posible yo creo que éste es un desafío que tenemos por delante, igual que en el sector electrónico.

Estaba leyendo estos días un magnífico libro de Historia de la ciencia, donde repasaba dónde estábamos en materia electrónica allá en los años '60 y principios de los '70. Estábamos en un momento en que despegaban las tecnologías de la información y de la comunicación en una posición, dentro del mundo periférico, muy interesante, con buenos recursos humanos, con una serie de proyectos en marcha.

FATE, que era una firma productora de neumáticos, creó un departamento de electrónica que terminó produciendo una computadora argentina que en ese momento era tan buena o mejor que la que hacían los coreanos. Y en 1970, me acuerdo que siendo yo Ministro de Economía, allá por noviembre, se presentó ésta -Cifra se llamaba- llegaron a hacer una buena cantidad.

Bueno, dos años después del Golpe de Estado se cerró el departamento de electrónica y se desmanteló todo lo que había. Nuestro querido amigo Marcelo Diamand, un gran industrial y además un gran economista tuvo la lucidez de cerrar su negocio antes de que se abalanzara la tormenta. Y tenía una empresa de productos audiovisuales, radios y demás de gran nivel.

Es decir, cuando uno observa realmente el genocidio industrial, sobre todo en algunos elementos donde teníamos semillas muy promisorias, bueno, hay que habitar la melancolía, reponerse y seguir adelante. Y también recordar que, al mismo tiempo que se produjo ese genocidio, algunas cosas un poco por milagro sobrevivieron. Como sobrevivió, por ejemplo, la energía nuclear, que se mantuvo porque había centrales que no se pudieron vender.

Aparecieron cosas complementarias, como por ejemplo el INVAP, que siguió funcionando y ahora en los últimos años con el apoyo que ha tenido termina construyendo, ya desde antes, centrales nucleares de investigación. Le ha vendido a Australia, le ha vendido a varios países, los satélites, los radares.

Es decir ha subsistido en este deterioro fenomenal que ha tenido, digamos, la industria y la tecnología argentina bajo aquellas condiciones, han subsistido, y son reveladores estos hechos de la potencia que subsiste en la sociedad argentina, en sus cuadros técnicos, en su gente, en su capacidad empresaria.

Entonces, creo que, pensando en la división del trabajo de aquí a futuro, vuelvo a decirles, tal vez no hay nada nuevo, porque siempre fue necesario tener una estructura compleja, no estar atrapado en la relación centro-periferia y participar en la división del trabajo intra-industrial. A partir de una capacidad exportadora de autopartes, de productos químicos, de bienes electrónicos, que nos permita que la industria, por lo menos, se abastezca las divisas que necesita. Y si esto fuera así, se acaba el conflicto campo-industria, se acaba incluso la necesidad de tener retenciones. Porque una vez que equilibramos la estructura con una industria de alta tecnología, ya no hace falta tener un tipo de cambio para la soja y un tipo de cambio para otras cosas. Podemos unificar, digamos, el tipo de cambio, administrarlo razonablemente y terminar de una buena vez con este falso conflicto campo-industria.

Tenemos, entonces, este desafío de cómo resolvemos este déficit de las manufacturas de origen industrial. Yo diría que, en resumen, éste debe ser el objetivo primario de la política industrial. Eliminar ese déficit a través de la capacidad competitiva en esos sectores, en el sector automotriz, etcétera. La agregación de valor a la actividad primaria; resolver este problema que tenemos en la minería, que tenemos un régimen de explotación



propio de las economías dependientes, donde vienen empresas extranjeras extrayendo recursos para mandar los frutos al exterior sin integración de las cadenas de valor. Es decir, tenemos que integrar las cadenas de valor y tenemos que resolver este viejo problema y ponernos de acuerdo bajo qué tipo de sistema económico vamos a crecer, estamos y vamos a crecer.

Yo acabo de publicar hace poco tiempo un libro que se llama *El empresario argentino*, en donde mi argumento es el siguiente: en la historia económica mundial hasta ahora siempre, sin excepciones, el desarrollo se produjo en economía de mercado. La única excepción que intentó un rumbo distinto fue la Unión Soviética, el siglo pasado, no prosperó. En Cuba incluso, en América Latina, un país que ha tomado decisiones ejemplares en defensa a la soberanía, en inclusión social, un modelo alternativo tampoco anduvo. Entonces, estamos en una economía de mercado. Si estamos en una economía de mercado esto quiere decir que el sector privado tiene que ser protagonista, aportando a traer tecnología, invertir, generar empleo, a exportar. Tenemos que generar las condiciones para que en una economía de mercado ese sector privado realmente cumpla la función social que le corresponde en la búsqueda de la ganancia, que es el objetivo de la actividad privada. El tema es en qué gana plata y esto depende del contexto, en un contexto en el que se gana plata especulando se va a especular, en un contexto en el que sólo se puede ganar plata produciendo y trayendo tecnología se va a hacer exactamente eso. Entonces, tenemos que resolver ese tema, cómo generamos las reglas del juego para el fortalecimiento de un sector privado dinámico.

Estos días tuvo lugar en Parque Norte el congreso de los empleados metalúrgicos jóvenes y la verdad que era extraordinario ver una cantidad de gente joven en las parejas, en las localidades del interior, con un entusiasmo, una capacidad de innovar, con una masa de Pymes con capacidad innovadora. Es decir, hay un potencial formidable.

Y, después, generar reglas del juego que de alguna manera domestiquen algunos grupos de poder concentrado, que a veces son buenos productores porque son eficientes, pero suelen pensar mal, porque tienden a adherirse a los modelos neoliberales. Entonces frecuentemente los vemos adhiriéndose a políticas que, como recordaba Marcelo Diamand, van en contra de sus propios intereses: porque destruyen el mercado interno, porque cierran las posibilidades de crecimiento. Y, sin embargo, son actores de la realidad. Por lo tanto, hay que crear las condiciones y los marcos de referencia para que las reglas del juego induzcan a todos los sectores a producir y a traer tecnología y no a especular.

Estos son los problemas que tenemos, en este desafío de encontrar nuestro lugar en el mundo y no lo vamos a poder encontrar si no desarrollamos una economía industrial integrada y abierta que sea capaz de cerrar ese fenomenal déficit de manufactura de origen industrial, que agregue valor a la producción primaria y que a partir de allí genere la capacidad de movilizar el ahorro interno.

Ponernos de acuerdo definitivamente en este viejo problema que yo planteo hace muchos años en aquel libro *"Vivir con lo nuestro"*: esta tesis neoliberal de que Argentina no tiene ahorro y, por lo tanto, si no viene el capital extranjero y el crédito externo no podemos crecer, es falsa. Argentina tiene una tasa de ahorro que está en el 30% de producto bruto interno, con esa tasa de ahorro podemos sostener una tasa de crecimiento del 5%, esto no excluye que traigamos productos complementarios del exterior. Pero cuando se toma esa postura de que lo que viene de afuera es esencial, la política es la apertura incondicional y transmitir señales amistosas a los criterios que prevalecen en los centros de poder internacional, criterios que Raúl Prebisch llamaba el «pensamiento céntrico», que es funcional a los intereses de los países centrales, pero incompatible con el desarrollo de un país subdesarrollado y, por lo tanto, el pensamiento crítico es fundamental. Y, a partir de allí, construir estos elementos de construcción de una estrategia

y encontrar el equilibrio adecuado, el modus vivendi adecuado con las filiales de empresas extranjeras.

Argentina es uno de los países más extranjerizados del mundo: de las quinientas mayores empresas no financieras, la mayor parte son filiales que generan más del 200% de valor agregado. No se construye un empresariado nacional, dinámico, con filiales. Porque las filiales naturalmente responden a la estrategia de sus matrices; y aún, como pasa en China, solamente las aceptan si traen tecnología, si exportan y demás, no se les puede delegar, no se les puede regalar el mercado interno, ni delegar en la conducción de la actividad privada.



Es necesario encontrar un equilibrio en que el eje de la política esté en las políticas nacionales de desarrollo, en el protagonismo de la empresa nacional. Y en ese espacio, un espacio muy importante también para la actividad de empresas extranjeras. Es decir, tenemos que entrar en este camino de la argentinización de la economía nacional, revertir este proceso extraordinario de extranjerización que hemos vivido. Hemos dado algunos pasos, acabo de recordar el de YPF, que es muy importante en ese sentido.

Y después naturalmente tenemos los problemas de integración del territorio, que esta política industrial abarque la transformación de la producción en los lugares de origen, para acabar con este aspecto radial que todavía conserva la economía argentina. Ahí tenemos, desde luego, que resolver el problema energético.

Pero, vuelvo a insistir, supongamos que de pronto tenemos mucho petróleo en Vaca Muerta y acabamos con el déficit energético, sería un paso importante para aliviar la restricción externa. ¿Eso indicaría que nos estamos convirtiendo en un país desarrollado? De ninguna manera, porque hay países como Alemania, Corea y una serie de países industriales que son fuertemente deficitarios en energía, y son países desarrollados; pagan la energía con manufacturas, con tecnología, es decir, no es un obstáculo.

Entonces, si nosotros aliviamos la restricción externa pero mantenemos una estructura desequilibrada, no podremos tener un sistema científico y tecnológico de mercado y seguiremos teniendo un sistema que le ha dado un poco más de aliento a la estructura desequilibrada al resolver el déficit energético, pero no termina de constituir una economía avanzada.

Así que yo diría que estos son los temas que tenemos que resolver y acá he escuchado con mucho interés, en el panel anterior, todo el énfasis en el Mercosur y en la integración latinoamericana.

Yo creo que la gran dificultad que tenemos en la integración no está tanto en las reglas del juego. Se mencionaron los acuerdos de Alfonsín y Sarney, que ponían como eje dominante la complementación industrial, se llegó a poner en marcha el acuerdo en bienes de capital, adquirió un dinamismo muy importante. Después vino la onda neoliberal y en vez de la política orientada a la integración vino la mafia del mercado con todas las consecuencias.

De allí en más el sistema ha ganado un nuevo impulso político por las nuevas orientaciones sobre todo de Argentina y Brasil, también de Uruguay, además otros países de América Latina como Ecuador, como Venezuela, que comparten objetivos nacionales de desarrollo. Pero nuestro gran problema en la integración está en la debilidad de nuestras propias políticas.

Si nosotros o los brasileños, como nos sucede, no terminamos de resolver los problemas de nuestra estrategia de desarrollo, si no logramos compatibilizar las políticas nacionales y populares que prevalecen, de defensa a la soberanía, de énfasis en lo social con políticas viables de ordenamiento macroeconómico, de desarrollo industrial. Esto se refleja en la posibilidad de integración, yo les diría que el mayor impulso que le podríamos dar a la integración norteamericana es fortalecer las inversiones nacionales, es la plataforma para avanzar en la integración.

En el contexto de circunstancias que hacen falta para que esto sea posible es indispensable el orden macroeconómico. Porque no se puede construir nada en el marco del desorden, del desorden fiscal, del desorden monetario, de la inflación, de la restricción externa. En condiciones de desorden esto es imposible, es necesaria la fortaleza de las instituciones. Nosotros ahí hemos dado un gran paso hace más de treinta años cuando volvimos a la democracia, recuperamos las instituciones, la división de poderes, el Estado de derecho, este fue un paso fundamental. Pero nos faltan muchas otras cosas, entre otras poder lograr un ordenamiento macroeconómico sólido, periódicamente recaemos en la trampa del dólar barato.

Acá no se trata de devaluar o no devaluar, ese no es el problema. El problema es cómo tener un tipo cambio competitivo que le de competitividad a toda la producción argentina sujeta a la competencia internacional, cómo articulamos esa política con la solidez fiscal, de una política monetaria en que el dinero se expanda para el crédito productivo y no parar cerrar el déficit del sector público.

Es decir, hace falta una heterodoxia muy responsable en materia macroeconómica, porque a veces se cae en la ilusión de que todo es posible y ciertamente eso termina generando situaciones de tensión que son incompatibles con un marco macroeconómico sólido que sustente la transformación.

Así que bueno, yo les agradezco que me hayan invitado a esta reunión. Les transmití algunas de las ideas que tengo sobre esto, creo que Argentina tiene todos los medios, todavía Argentina sigue siendo uno de los países en desarrollo con mayor potencial. Tenemos recursos humanos calificados. Hemos demostrado que podemos hacer las cosas más complejas, como hace poco el satélite que está ahora en órbita y tantas otras cosas que han hecho incluso en el sector agrario, algunas áreas de la agricultura argentina están en la frontera tecnológica, los paquetes tecnológicos, la siembra directa.

Es decir, hemos demostrado hasta el cansancio que tenemos los medios humanos y el octavo territorio más grande del mundo. Hemos sido capaces de producir una estructura de reconocimiento universal, en materia económica somos un país subdesarrollado, Argentina en América Latina en materia cultural es una potencia de primer nivel. No se puede escribir la cultura del mundo contemporáneo sin América Latina, y sin el aporte argentino.

Entonces, tenemos los medios humanos y materiales. Yo creo que lo que nos hace falta es construir un proyecto hegemónico en que converjan con las fuerzas creadoras de la sociedad argentina en el proceso de transformación y creo que cosas como las que están pasando hoy, esta tarde, este congreso es precisamente lo que hay que hacer para ese objetivo. Muchas gracias.